



Goya. Linda maestra. Los caprichos

EL INCONSCIENTE ESTA VACIO

Vicente MIRA

El Dr. Vicente Mira, psicoanalista, nació en Valladolid en 1947, en cuya Universidad estudió Medicina y Psiquiatría, y de la que fue profesor hasta 1973. En ese año se trasladó a París con el objetivo de trabajar en el desarrollo del Psicoanálisis en la institución pública. Durante 15 años trabajó en el ámbito de la asistencia infanto-juvenil, en donde llegó a ocupar diversos puestos de responsabilidad. En París conoció a Jacques Lacan y tuvo la oportunidad de asistir a sus famosos seminarios. Es co-traductor al español del Seminario I de Lacan, publicado en 1982 por la editorial Paidós, con el título «Los escritos técnicos de Freud».

En 1983 inició su paulatino regreso a España, fundando al poco tiempo «Ambito Madrileño de Psicoanálisis», institución de la cual es presidente. Pertenece también al consejo editorial de la revista «Analítico», publicación de la Fundación del Campo Freudiano en España. Recientemente impartió en Oviedo un curso invitado por la Dirección Regional de Salud Mental.

Actualmente visita Asturias para pronunciar una conferencia en la Cátedra Jovellanos —dentro del Ciclo dedicado al Inconsciente— invitado por el Vice-rectorado de Extensión Universitaria a instancias de la Asociación Athénaion y dirigir una jornada de trabajo con psicoanalistas del Principado.

La aproximación del Dr. Vicente Mira a la teoría psicoanalítica es a la vez rigurosa y distendida, tal como se observa en sus conferencias e intervenciones, salpicadas de ironía y humor, que permiten al auditorio un seguimiento atento y jamás tedioso de sus palabras. A ello contribuye también un cierto número de construcciones sintácticas teñidas de galicismos, fruto de su formación francesa, que modifican en ocasiones las correctas formas gramaticales del castellano de Valladolid.

«EL INCONSCIENTE ESTA VACIO»

Dr. Vicente Mira
Psicoanalista

Voy a intentar, digo bien, intentar justificar el título que he dado a la Conferencia de hoy.

Para ello voy a empezar por un pequeño rodeo, muy pequeño, partiendo de una afirmación, que se engancha bien con esta cita Introdutoria.

Más allá de cualquiera de las dimensiones que se quieran dar a eso que viene llamándose Psico-análisis, si el Psicoanálisis puede tener un objetivo es, justamente, el objetivo de hacer advenir el Inconsciente de un sujeto.

La pregunta con la que nos encontramos entonces es cómo el inconsciente puede fabricarse en el análisis. Dicho así, suena un poco fuerte esta «fábrica» porque es cierto que el Inconsciente existía bien antes de Freud, pero esa existencia no tenía la misma calidad de existencia que la que viene a tener después de Freud.

Es evidente que Freud con lo que se encuentra, al principio de su invención del Psicoanálisis, es con un discurso rechazado en la Medicina, el discurso de la histeria y que en él, a través de él, produce una afirmación que es: la histeria es el Inconsciente en ejercicio.

Aquí hemos de separar esa noción de ejercicio de la noción de experiencia. Porque si bien es cierto que el Inconsciente como ejercicio existe antes de Freud, el Inconsciente como experiencia sólo existe a partir del momento en que un analista se pone a escuchar a una histeria.

Eso responde, sitúa mejor, en cierto modo, esa pregunta de cómo puede fabricarse el Inconsciente en el análisis.

Cuando nos hacemos esa pregunta situamos, de entrada, el Inconsciente en dos parámetros. Un parámetro primero: que el Inconsciente es una hipótesis. Si nos preguntamos cómo puede fabricarse, tenemos que decir que el Inconsciente es una hipótesis. Y segundo: que el Inconsciente es una experiencia. Reunamos ambas y diremos: el Inconsciente es una experiencia basada en una hipótesis.

Experiencia del lado del paciente que padece unos síntomas, que padece un tipo de alteraciones que le hacen obligatoriamente, —nadie va al análisis si no es obligado—, dirigirse a un analista. Pero no sólo porque padece síntomas está en la experiencia del Inconsciente sino también por el mero y sencillo hecho de hablar; y porque hablando, en cualquier momento, puede venir a deslizarse algo con lo que no conta-

ba, un lapsus. Con el mero hecho de existir puede venir a hacer algo que viene a romper su intencionalidad consciente, eso que viene a llamarse acto fallido. O con el mero hecho de dormir viene, al despertarse por la mañana, a tener unos sueños que no siempre puede tratar como desechos de la vida diurna. Digo entonces, experiencia del lado del paciente.

Sería fácil decir hipótesis del lado del analista. No es del todo cierto porque si un paciente se dirige al análisis es porque él ya tiene una hipótesis que no está sólo del lado del analista sino también del lado del paciente.

Cuando alguien llega al análisis, llega, a la vez, con un saber sobre su síntoma que no está completado. Cuando alguien está completamente seguro de lo que le pasa, no va al analista. Cuando su saber no le funciona, cuando a su saber le falta algo entonces se dirige a un analista.

Por un lado tenemos la experiencia, las más de las veces, una experiencia de adaptación, de sufrimiento; por otro lado tenemos una hipótesis que ambos vienen a compartir, analista y paciente.

Lo que Freud propone con ello es: hable, diga, diga lo que se le ocurra sin juzgarlo, sin criticarlo; y vaya usted diciendo que ya veremos, y así pasan los años. Lo que Freud propone al paciente que entra en un análisis es que ponga en ejercicio su inconsciente. Ahora, no basta sólo con ejercitar ese inconsciente, hay que hacer que ese inconsciente se vuelva experiencia, y para eso, esos dichos tienen que ser recibidos por un psicoanalista.

Es decir, que si bien el paciente va a poner su inconsciente en ejercicio, el analista es el que va a permitir que ese inconsciente exista con una connotación particular y es que exista con una connotación de certeza. Aquel que está ejercitando su inconsciente puede rechazarlo, ¡Cuántas veces los lapsus pueden venir codificados como errores!; un rechazo tranquilo del inconsciente. ¡Cuántas veces un acto fallido puede ser explicado por un calambre en la mano!; no hay ningún problema. ¡Cuántas veces de los sueños, lo mejor es no acordarse! O sea, que nada viene a hacer pregunta.

Ahora bien, que el ejercicio de ese inconsciente dirigido a un analista se constate como experiencia de ese inconsciente, que haga existir ese inconsciente, y ahí va a adquirir una dimensión de certeza que ya no es fácilmente rechazable.

Dos puntos, existencia y certeza, ambos son, lógicamente, connotaciones de lo Real; no son sólo connotaciones del bla, bla, bla, sino como tal, connotaciones de lo Real con lo que todo ser humano va a empezar y acabar enfrentado.

Para decir connotaciones de lo Real, digamos entonces que en el Psicoanálisis a lo que se viene es a verificar una hipótesis. Y aquí hay que dar peso a esta palabra: *verificación*, porque la verificación de esa hipótesis implica la verificación de algo imposible; algo que desde Lacan podemos nombrar diciendo la verificación de lo imposible de lo Real.

Verificar que lo Real es imposible, tiene un primer efecto, el efecto de no dejar al sujeto impotente ante ese Real.

Analizar, trabajar sobre estos dos puntos, impotencia o imposibilidad, no es mi intención pero podemos decir, haciendo un atajo, que pasar de la impotencia a la imposibilidad es una de las definiciones del análisis.

Bien. Volvamos atrás hacia el concepto que nos ocupa que es eso que venimos a llamar Inconsciente. El término inconsciente, el concepto inconsciente no es un concepto forjado por Freud. La palabra inconsciente existía antes de él, pero no tenía, en absoluto, no ya la misma significación sino, no tenía, sobre todo, el mismo alcance. Lo que debemos a Freud no es la invención del inconsciente, sino el descubrimiento del inconsciente. Baste con echar una ojeada a cualquiera de los diccionarios de ideas, o diccionarios filosóficos que puedan circular, para darse cuenta de que puede haber diez, quince, acepciones diferentes del término inconsciente.

Generalmente, la acepción freudiana del término inconsciente falta de todos los diccionarios, pero vienen todas las otras. Nos sirve, un poco, como demostración por lo negativo: aquello que no es el inconsciente freudiano. Freud lo que define, sobre todo, no es el concepto de inconsciente; ese para él es una hipótesis, lo que define es la operatividad y el alcance de ese concepto. Es, un poco, como si dijera: no sé muy bien lo que es el inconsciente, pero puesto que hay que ir, vayamos. Eso es lo que hace.

De hecho, el concepto de Inconsciente en Freud va a ir variando desde el inicio de sus trabajos, los «Estudios sobre la histeria», antes de acabar el siglo hasta 1915. En 1915 tiene una concepción del inconsciente más o menos fijada, aunque las implicaciones de esa concepción no estén todas trabajadas. Freud caracterizó siempre el análisis como un «work in progress» y no veo porqué ese trabajo que avanza tenía que acabar con su propia muerte.

Es mérito de Lacan el haber considerado el Psicoanálisis no como un saber preestablecido, sino el seguir dándole esa dimensión de «work in progress». Lacan nos señala que el concepto forjado por Freud, que no inventado, pero sí forjado por Freud, es el concepto de Inconsciente, es un concepto sobre la huella de lo que opera para constituir un sujeto. Es decir, nombrar algo a partir de una huella y nombrar algo a partir de una huella que encuentra ahí, en la experiencia clínica de las histéricas, y a partir de una huella que él considera constitutiva y fundamental del sujeto mismo. Tendremos ocasión de volver sobre ello.

Para avanzar en el concepto del inconsciente hemos de pensar otra cosa y es que la referencia de Freud al inconsciente no es una referencia respecto al saber.

La referencia del advenimiento del Inconsciente no es un saber de la Psicología o de la Filosofía, es una experiencia clínica, y es muy precisamente en la experiencia clínica de la histeria por un lado; y por otro lado, en la experiencia clínica de Freud en su autoanálisis donde se encuentra, como no, con las mismas aportaciones que todo sujeto humano hubiera de encontrarse, muerte y sexualidad, y que están magníficamente retratadas en «Psicopatología de la vida cotidiana» el capítulo del olvido de nombre, el primero de todos, en torno al caso Signorelli; caso príncipe del mismo Freud donde se encuentra con la imposible reproducción del nombre del pintor, con el olvido del nombre del pintor, Signorelli y en su lugar, con la vívida imagen de los frescos de Orvieto: Las postrimerías del hombre.

Esas dos aportaciones, muerte y sexualidad, trabajando en Freud y mediatizadas por su propia idea del padre por un lado, y por otro lado el discurso de la histérica, son los marcos entre los que nosotros tenemos que situar el Inconsciente.

La referencia a Freud es, entonces, la histeria y no la conciencia. Es importante esta precisión porque la deriva imaginaria del ser humano como tal, hace que hayamos dado y que caigamos siempre en un uso vulgar de la palabra inconsciente como aquello que no es consciente.

El Inconsciente freudiano no tiene nada que ver con el ser Inconsciente de algo, sino más bien el ser Inconsciente de algo es lo que permite articular el Inconsciente freudiano. Es decir, que el inconsciente lo construye Freud en referencia a la histeria, no en referencia al saber consciente.

Podríamos resumir, para situarnos, lo fundamental del Inconsciente no freudiano en torno a cuatro elementos.

Primer elemento, la referencia a la Inconsciencia que ya ha señalado. Es decir, el Inconsciente freudiano no está en referencia a la conciencia, está en referencia al discurso de la histeria.

Segundo punto, la confusión entre Instinto e Inconsciente; confusión que sigue vigente hoy, en el ámbito de los psicoanalistas mismos. El Instinto, como viene siendo definido por la Etología, se trata de un saber preconcebido, adaptado. Es decir, el instinto de un animal es algo que le permite organizarse en su medio ambiental de una manera adaptada. El Instinto para el hombre no tiene ningún sentido, desgraciadamente, porque sería mucho más cómodo tener instinto. No hay instinto para el ser humano que no esté al servicio del Inconsciente del sujeto. El Inconsciente no es una reserva de instintos, y equiparar Inconsciente con instinto que lleva a serias desviaciones hacia lo que sería la naturalidad del hombre, cuando no hay cosa menos natural que un ser humano.

El tercer punto que aparece criticable en las concepciones habituales del Inconsciente es también ligar el Inconsciente a una especie de pequeño hombrecillo dentro del hombre, de oscura voluntad, que está guiando los actos del sujeto; algo que nos obliga a hacer cosas que no queremos hacer. Y esa especie de oscura voluntad primordial, tiene más que ver con el Dios de los cristianos que con el ateo Inconsciente freudiano.

Y el cuarto punto es la posición romántica del Inconsciente. El Inconsciente no es nada romántico. Es tristemente, vulgarmente y aburridamente maquinístico. Ese Inconsciente al que tan rápidamente se afilia Jung, que da el Inconsciente de la fantasía, ese maravilloso Inconsciente de los fantasmas primordiales, ese Inconsciente que se puede poner en funcionamiento en las creaciones literarias o artísticas, ese Inconsciente, desgraciadamente, no es el de Freud.

El punto de separación entre Freud y Jung se marca, justamente, en ese lugar, en el momento en que Jung quiere desreferir la posición del Inconsciente de un sujeto para hacerla una fantasía del Inconsciente. La experiencia del Inconsciente no tiene nada que ver con la elucubración del Inconsciente.

En Freud, sin embargo, el Inconsciente son pensamientos. En esto es tajante desde el principio. Ha sido necesario que Lacan retorne a Freud con una cuidadosa lectura para darnos cuenta de que Freud, desde el principio, señala que el Inconsciente está constituido por pensamientos.

Basta con echar una ojeada a «La Interpretación de los sueños»

para darnos cuenta de que en todas y cada una de las frases que Freud articula en torno a la interpretación de un sueño, está hablando de pensamientos. *Lacan dice el psicoanálisis (v. ark (aven))*

Para decir que son pensamientos les remitiría a ese artículo pequeño, «Los sueños», que hace resumen de toda la interpretación de los sueños y que precisa bien el trabajo de la «Traumdeutung» en donde dice: no hay ninguna diferencia entre las leyes que rigen los fenómenos inconscientes de los fenómenos conscientes. Y me parece que es una afirmación extraordinariamente fuerte, y sino hay ninguna diferencia es justamente, porque tanto los unos como los otros van a estar sometidos a los juegos del lenguaje.

Cuando Freud nos dice que el sueño es un jeroglífico a descifrar, el sueño es una escritura, cuando viene a decirnos que el fantasma es una frase y que en última instancia siempre hay un desciframiento, un desciframiento por la palabra del síntoma, lo que nos está diciendo es la afirmación, ya clásica, que el inconsciente está estructurado como un lenguaje.

La estructura del lenguaje va a aparecer tanto en lo consciente como en lo inconsciente, que obligatoriamente y desde el principio, toda la «Psicopatología de la vida cotidiana», toda la «Interpretación de los sueños», todo ese trabajo tan importante como es «El chiste y su relación con el inconsciente»; que desde el principio Freud sitúa las formaciones del inconsciente sometidas a dos vertientes (la vertiente de la condensación, que podemos llamar metáfora y la vertiente del desplazamiento, que podemos llamar metonimia) fundan suficientemente una afirmación y es que Freud, aunque prácticamente de la misma época; funcionó realmente como un pionero respecto a Saussure, el padre fundador de la Lingüística Moderna, y es que Freud coloca, de entrada, las formaciones del inconsciente sometidas a un trabajo del Lenguaje.

Nada de eso ha de extrañarnos cuando la práctica del análisis, desde el principio, es construida como una cura por la palabra. Es decir, que no dice a los señores que vienen a su sesión, tumbese, baile, haga crisis, muéstreme el interior de sus instintos y la textura de sus pulsiones. Los tumba y les dice: hable, hable y diga. Y en ese hablar y decir, espera ¿a qué?, espera a eso que estamos llamando el advenimiento del inconsciente; el advenimiento de ese punto de entrecruce, de fractura, desde el discurso inconsciente que le permitan a él desconstruir algo de lo que en el síntoma trae como construido.

Quizá, ahí, merece la pena hacer una referencia: el sujeto, como sujeto humano, no piensa en absoluto con su alma como imaginaba Aristóteles. Coloquemos en el alma lo que cada uno quiere colocar. Que el sujeto piensa, fundamentalmente, con una estructura y que esa estructura es la estructura del lenguaje; no es una estructura abstracta es una estructura que viene, efectivamente, a recortar el cuerpo de un sujeto y le viene a recortar de una manera que no tiene nada que ver con la anatomía. Baste el testimonio de la «caprichosa» distinción de las parálisis hísticas, para darse cuenta que ese recorte que el significante de la lengua opera sobre el cuerpo humano, es un recorte que tiene poco que ver con la función y mucho que ver con el lenguaje como órgano, no sólo a nivel del cuerpo. Cualquier neurótico cotidiano mostrará de que si en algo está embarazado es porque su pensamiento molesta seriamente a su alma. El pensamiento siempre va a ser disarmonico respecto al alma.

Esa es la vía: ese es el hueco en donde Freud se infiltra para producir el Inconsciente, para construir el Inconsciente, en el hecho de que un sujeto, ese siempre, desea lo que no le gusta y, en general, no le gusta nada de lo que desea. Es lo mismo que decir que el cuerpo es disarmonico con el alma, igual que el pensamiento es también disarmonico con el alma.

Esta frase: el Inconsciente está estructurado como un lenguaje, es la vía que nos puede permitir fundar que el Inconsciente está vacío, que no es un depósito de instintos, que no es una reserva de fantasías encamadas, que no es la reserva de lo no sabido por la conciencia, y que ni siquiera es la reserva de lo reprimido.

Adoptar este punto de vista estructural es adoptar un punto de vista antisustancial. Sostener este punto de vista estructural es sostener un antisustancialismo. El sustancialismo implica elementos, sustancias concretas dotadas de propiedades que pueden ser consideradas en sí mismas peso, sabor. Todas las teorías sustanciales vendrán a fundarse en las diferencias entre las propiedades intrínsecas de los seres. Sin embargo, encontramos que los significantes son sustancialmente inestables; que basta con que haya un lapsus que cambia un significante por otro, en una frase, para que el sentido de lo designado cambie radicalmente.

Podríamos llevar la cosa más lejos. Que baste que una carta, escrita en un idioma extranjero, cambie una palabra por otra homofónica para que pueda, incluso, hasta declarar una guerra. Algo de eso fue lo que ocurrió en Sarajevo. Que los significantes sean materialmente, sustancialmente inestables, no implica que no tengan efectos y efectos graves sobre lo Real de un sujeto. Lo contrario, los efectos sobre lo Real de un sujeto, los efectos graves sobre lo Real de un sujeto, dependen de algo tan inconsistente y tan inestable como el material significante.

En la lengua, sólo hay diferencias. Así diríamos que la diferencia entre «mamá» y «papá», en la lengua, es sólo que la «m» y la «p» se oponen como fonemas, difieren, únicamente, en una posición mínima, absolutamente inestable. Basta con oír cómo los niños se confunden en lo de papá y mamá, y cómo lo confunden, lo de papá y mamá, para darse cuenta que no es nada que esté adquirido con una gran solidez, sino que es más bien algo que va a haber que construir en el hilo de la vida de un sujeto.

Las diferencias en la lengua van a ser diferencias sin sustancia. Es decir, que, en última instancia, todo va a poder reducirse a una oposición simbólica binaria: pero, uno, como en la cibernética. Y esto nos lleva a criticar, con fuerza, la noción del Inconsciente «psicología de las profundidades», porque el esfuerzo de poner en lengua lo que a un sujeto le pasa, pues bien, eso es, absolutamente, lo más superficial que existe.

Poner en lengua la estructura del lenguaje nos va a dar correlaciones elementales, aunque sean extraordinariamente complejas, que van a ser correlaciones del orden del todo y nada y que no van a tener nada que ver con ningún sobreesamiento de causa, ocultamiento de lo anterior, o develamiento de lo posterior. Que van a tener que ver con el recorrido de un discurso hablado que en su momento encontrará sus callejones sin salida, sus puntos de fractura, sus errores, pero nada en ello que nos haga pensar en un discurso bajo el discurso.

Baudrillard
el Inconsciente
señala el
discurso

→ texto sobre autor
de del deses

* Lo que si que nos puede hacer pensar es que un discurso conlleva una verdad que no es siempre la que el sujeto quiere. Si solo hay diferencias en la lengua, si no hay propiedades substanciales sino sólo diferencias, y tratamos de combinar esos diferentes elementos, —lo que hace la Sintaxis para construir con los fonemas, morfemas, para construir con sílabas, palabras—, estamos, de entrada, en una relación de remisión del uno al otro. Nuestras palabras forman cadena pero, a su vez, cada una de nuestras palabras están formadas por otra cadena. Y, a su vez, la Gramática y la Sintaxis hace que los vacíos de las palabras sean necesarios para la constitución de esa cadena y no de otra.

Ningún elemento signifiante de la lengua va a tener un valor en sí mismo, sino que, obligatoriamente, para darle un valor, un sentido, una significación, va a tener que ser remitido al otro. Baste con que cambien una coma en una frase, para que el sentido de la frase cambie radicalmente. Y baste con que alguien diga algo más de lo que está diciendo, para que el sentido de su discurso cambie radicalmente.

Lo que interesa es, que ese efecto de cadena, esa relación de remisión hace que ninguno de los significantes va a tener sustancia en sí, sino que va a tener un valor que le será dado por el posterior, por el siguiente o por los siguientes. El que los elementos se definen los unos en relación con los otros, supone un conjunto de elementos. Este conjunto de elementos es lo que se viene llamando tesoro de significantes. El tesoro de significantes no es pensable como si fuera el de Alf-Babá; si el Inconsciente no es un depósito de pulsiones tampoco es un tesoro de significantes.

Decir que el Inconsciente es un depósito de pulsiones y criticarlo o decir que el Inconsciente es un tesoro de significantes es el mismo orden de error. Si en algún sitio se sitúa el Inconsciente, ya lo han previsto en esta noción de cadena, es más bien en la fractura y en el corte entre los significantes que en su depósito.

Hay otra implicación de esta frase, el Inconsciente está estructurado, que es tanto como decir, está estructurado como lenguaje porque lenguaje y estructura son homónimos. Y es que esta hipótesis estructural produce una falta de ser generalizada. Si afirmamos que cada elemento sólo toma sentido respecto al otro elemento, en ningún momento podremos decir este elemento «es». Sólo podemos decir este elemento es, cuando el conjunto del discurso, de la frase, el conjunto de lo dicho, esté construido como conjunto. Y aun así, cada uno de los elementos de ese conjunto, con su remisión al otro, hará que ninguno de ellos pueda ser «es».

Pues bien, en estos elementos, podemos avanzar un paso diciendo que el ser humano las pasa negras para ser. Dicho de otro modo, cuando alguien va a un análisis es porque, en general, no es. A ese «no es», siganle el principio enunciado, colóquense todos los apéndices que quieran: no es, como quiere ser; no es, como debería ser; no es, como el otro le pide; no es, adecuado a la relación con la realidad que le rodea. Cualquiera de los, «no es», puede ser colocado en la base misma de una demanda de análisis. Algunos llevan la perversión hasta llegar diciendo que llegan porque, son demasiado. Pero en ese, «son demasiado», el demasiado se une con el menos; es decir, el exceso del más ser reúne con el menos para constituir lo que se llama una

mantaje
curulaje

neurosis obsesiva. Es fundamentalmente, los que llegan diciendo que son demasiado. Es decir, que son demasiado ¿qué? Se preocupan demasiado, siempre, por las cosas; son demasiado importantes para el otro, lo cual no les deja vivir; o son demasiado responsables y eso les hace sufrir mucho. Da igual, siempre va a venir en algo que es, eso que podemos llamar así una falta de ser generalizada por el exceso o por el defecto; da exactamente igual.

Esa falta de ser generalizada, desde Freud, se llama deseo. Es decir, que un sujeto humano afectado por su inconsciente, es un sujeto humano que está abocado a tomar en cuenta algo de su deseo, o a no tomarlo, pero entonces se trata de sufrirlo.

Si la ley que estamos enunciando, ley de la estructura, es una ley de la desidentidad, es una ley de la no identidad, ningún elemento tiene la identidad en sí mismo sino en relación a otro. Es decir, que para el vecino, diferenciar a un ser humano de otro hay que nombrarle como tal. Si no, se pueden producir efectos de esos curiosos que se leen en los periódicos, meten en la cárcel a uno que no tenía más que una vaga relación homónima con otro que era el que en realidad metían en la cárcel, pero que ya estaba huido; porque es siempre el otro el que huye más rápidamente. Llega un momento en que cuando se está demasiado identificado al uno, la única posibilidad que queda es irse a la otra escena. La otra escena es uno de los nombres que da Freud al inconsciente desde la «interpretación de los sueños».

Si hay, entonces, no es la identidad sino más bien la desidentidad, la identidad fracturada de cada elemento, la identidad fracturada de cada sujeto humano, esto, va a introducir toda la problemática de la identificación. La identificación sólo va a poder funcionar en una dimensión en que la identidad esté fracturada; si no, no veo para qué viene la identificación. De nuevo estamos en la relación de remisión. La falta de ser generalizada que un sujeto experimenta en el momento que habla, tiene que ser limitada o enmarcada.

La identificación, esa cosa tan importante en el análisis que llamamos identificación, y que forma los síntomas, esa identificación podemos entenderla, fundamentalmente, a partir de este punto: toda identidad está fuera de sí mismo, toda identidad está fracturada. Decir estructura, decir relaciones, decir que las propiedades de un elemento dependen de los otros elementos, es decir una localización, es decir lugares.

Freud, desde el principio, se empeñó en darnos tópicos; algunas de las tópicos se han convertido en tópicos; no es culpa suya, es culpa de los postfreudianos. En eso, el Edipo, la castración, el pansexualismo, el falo, todos esos que eran elementos que no tenían más sentido que el de estar en relación con otros elementos, si somos coherentes con el discurso que sostenemos, al ser aislados y quererles dar una identidad como tal, resulta que de la tópica se pasa al tópico.

Quedémonos en la tópica. Tópica, ya, desde el «Proyecto de una Psicología para Neurólogos», al final del siglo anterior, intenta, a través de una concepción anatomobiológica o neurobiológica, intenta poner fórmulas, poner nombres a lo que incipientemente está descubriendo como discurso histórico. Lo que intenta es darnos una estructura en red de la realidad psíquica pero no le sirve lo suficiente, aparte de que el proyecto quedó inacabado, como tal. Y va a tener que producir otra

tópica, otra tónica que ésa va a llamarse ya el Psicoanálisis, la primera tónica, considerando el proyecto como la pre-primer tónica, o más bien el punto inicial de la historia del inconsciente; lo que viene llamándose ~~primera tónica que es la división entre inconsciente y consciente~~, que articula, fundamentalmente, en torno a 1900-1905; es decir, los primeros textos de formaciones del Inconsciente y va a llegar a la segunda tónica. Segunda tónica que todo el mundo adora porque es, precisamente, la que coloca las cosas en su sitio. Yo, Ello y Super-Yo. Coloca al individuo bien identificado con su Yo, coloca a lo oscuro, primordial e Instintivo del lado del Ello, y coloca a la Instancia moral represora de la sociedad del lado del Super-Yo. Lectura rápida de la segunda tónica porque en una lectura un poco afinada, de la segunda tónica, vemos que esa censura sólo saca su energía de la supuesta pulsión e instinto, es decir, del Ello y que Yo es hay muchos.

¿A qué le lleva esto? Le lleva a que en todas las tónicas freudianas, cojamos la que cojamos, va a aparecer que cualquiera que sea de los elementos de esa tónica, va a tomar su valor del lugar que ocupa en la tónica misma. Es decir, que atribuyamos una característica al Yo consciente. Pues bien. Esa característica, al margen de sus propiedades elementales va a tomar todas sus propiedades por el hecho de ser Yo consciente. Es decir, que aquí no va a haber una supuesta gradación de más o menos consciente o, más o menos inconsciente; va a seguir la ley del todo o nada.

Hay una frase de Lacan que dice: el sujeto humano es cogido en el lenguaje, como un peón de ajedrez en el juego, de golpe. Entonces, efectivamente, fíjense en la metáfora, basta con coger un peón de ajedrez y colocarlo en un sitio para que la relación que mantiene con el conjunto de las piezas sea, radicalmente, diferente. Un elemento no se transforma cuando va de un sitio a otro; digamos cuando algo va de lo consciente a lo inconsciente o de lo inconsciente a lo consciente, no transforma sus propiedades, adquiere otras nuevas, perdiendo las anteriores.

Yo creo que la mayor enseñanza que podemos sacar de las diferentes tónicas freudianas es, que de lo que se trata es que es un orden simbólico absoluto y subrayo la palabra absoluto. Es decir, ningún elemento colocado en otro lugar va a tener las propiedades de antes sino que va a perder sus propiedades. Es decir, ahí hay una posición estructural en la que coloquen a quien coloquen, obligatoriamente, ocupará ese lugar con esas funciones; basta con que coloquen a un sujeto.

La mayor enseñanza de este humano es que el inconsciente es precisamente lo que se acepta que está sometido a un orden simbólico. Así verán, no es un chiste, así verán mujeres que se quejan de cómo sus hombres no han dejado todavía de ser hijos de sus madres. Posición absolutamente banal, es decir, guardan las propiedades de la relación anterior en la relación actual, cuando de lo que se trataría sería de que al cambiar de posición simbólica cambiasen de propiedades. Es un hecho cotidiano ver padres que no dejan nunca de ser hijos de sus padres o de sus madres.

¿Qué ocurre entonces con esta estructura del inconsciente, inconsciente estructurado como un lenguaje? Nos encontramos en el inconsciente con un orden no sustancial que dispone las relaciones entre sus

elementos. Y esto deja fuera todas las representaciones; todas las representaciones que podamos hacernos de esa red de relaciones, de ese orden no sustancial, van a caer del lado de lo imaginario, lo cual no es una crítica porque es una obligatoriedad.

Con esto no estoy dando una prevalencia absoluta a la estructura, la tiene pero a un nivel. Para vivir se necesita tanto tener la representación de su propia vida, como someter su propia vida a esta ley simbólica; es inherente al ser humano el hecho de tener que colocar representaciones. Casi lo más dramático de un ser humano es tener que dar sentido a su vida, podríamos decir así; ahí es donde se construye, yo diría el núcleo de la neurosis. Si no tuviéramos que dar sentido a nuestra vida, si no tuviéramos que dar explicaciones del orden al que estamos sometidos, la cosa iría sola, no habría ningún problema. Pero, precisamente, cuando llegamos a un análisis, llegamos con una hipótesis causal de qué algo no funcionó en nuestra historia, de qué quizá allá por la infancia hubo no sé qué traumatismo, en el término que inició Freud, que nos causó esto.

Aquellos polvos trajeron estos lodos. Esa es la obligatoriedad del ser humano de intentar dar sentido a su propia vida. Un análisis le colocará frente a la imposibilidad de encontrar ese traumatismo que explicaría todo. Igual que Freud las pasó negras, allá por los albores del siglo, cuando escribía a Fliess: ya no creo en mis neuróticos, me han estado contando no sé qué seducciones infantiles, no sé qué traumas sexuales y, de repente, me doy cuenta de que todo es fantasía; no puedo creer en ellos. Y sigue trabajando porque como se podría decir en Asturias, una vez que se toca el carbón no le queda más remedio que bajar a la mina. Y eso es lo que va a hacer Freud durante todo el tiempo, seguir bajando a la mina.

Ahora, casi para usar la metáfora asturiana, se podría decir lo mismo: baja a la mina, pero no de cualquier manera. Quiero decir, pone sus vigas, pone sus cosas para ir, un poco, balizando el terreno, no sea que el carbón le caiga encima; cosa que le ocurrió bastantes veces, es decir, cosa que por ir sin los debidos utensilios al carbón, le ocurrió bastantes veces. Le ocurrió, por ejemplo, en su primer análisis princeps, el que nos presenta como un caso de histeria, cuando por llevar el utensilio interpretación del padre a la muy conocida señorita Dora, Dora le responde, como una avalancha de carbón, le dice: no creo que aquí haya salido nada nuevo y además no pienso volver. Y se va.

Carbón, de nuevo, que le cae encima por no ir con los buenos utensilios cuando al Hombre de las ratas, a fuerza de intentar analizar aquello que llamaba la culpabilidad y el odio inconsciente, le deja abocado a ser un joven héroe de guerra y con un epitafio que es: brillante hombre si no hubiera muerto, etc., etc.

Carbón, de nuevo, que le cae encima porque Freud es muy serio, no trae los casos en los que triunfa. En sus cuatro análisis fundamentales, trae cuatro análisis fundamentales, radicalmente, fallidos los cuatro.

El cuarto es ese, el tercero, bueno no sé si el tercero o el cuarto, da igual. Ese es el del Hombre de los lobos al que fija al pobre con aquello de la escena fundamental de la V, y de haber visto a los padres haciendo no sé qué cosas, en no sé qué posición, al fijar esa significa-

contrario, el inconsciente está siempre vacío, órgano de una función específica se limita a machacar una ley estructural que reduce la realidad a elementos articulados.

De ahí es de donde me tomado yo, como os podéis dar cuenta, el título de «El Inconsciente está vacío».

Luego, siguiendo en su articulación, de una metáfora que no me parece muy adecuada, dice: el inconsciente está vacío y es tan extranjero a los elementos que por él circulan como lo es el estómago a los alimentos que por él circulan. Me parece que la metáfora no es muy buena, porque si, justamente, el inconsciente está vacío no es extranjero a los elementos que por él circulan, sino que los elementos que por él circulan, podríamos decir así, son los constituyentes mismos de la vaciedad del inconsciente. Es decir, que la estructura no es estructura mínimamente dada; es decir, no hay un Inconsciente colectivo eterno, sino que hay un inconsciente que, por qué particular para un sujeto, es transindividual pero está construido con los elementos mismos que por él circulan.

La elación primera de Lacan en la relectura de Freud, es esa que el inconsciente está vacío. Que hacia 1950 en la época en la que trabaja función y campo de la palabra y el lenguaje, en la que trabaja instancia de la letra en el inconsciente, bien, halla esa deriva que es: el inconsciente es el tesoro de significantes. Es, bueno, una deriva. Pero él sigue fiel a esa primera lectura que es decir, el inconsciente está vacío, el inconsciente es una ley, es una ley simbólica, es un orden estructurado y no tiene contenidos; los contenidos vienen de otro sitio, circulan, se matizan, toman un aspecto determinado según se les aplica ese orden simbólico que llamamos inconsciente, pero vienen de otro sitio. ¿De dónde?, de la memoria, de la conciencia de la vida cotidiana, miran cuando Freud analiza en la interpretación de los sueños.

El resto diurno es el punto... hace dos afirmaciones contradictorias. Por un lado nos da como afirmación al decirnos, el sueño es la vía real hacia el inconsciente y por otro lado nos dice, no hay sueño sin punto de partida que es el resto diurno. Y, bueno, yo creo que así podemos entender algo del inconsciente.

El inconsciente aparece como el filtro que va a permitir a un sujeto funcionar, pero es un filtro que no tiene partículas; o mejor aún, que si retiene partículas, no las guarda.

¿Qué quiere decir cuando se usa la metáfora de un filtro que retiene partículas y no las guarda? Que las vehicula, rápidamente, hacia otro sistema. Es decir, que el inconsciente esté en proa por la repulsión a tener que retener algo, y ese algo lo convierte, inmediatamente en angustia. Que el inconsciente esté abocado por su propia red, si lo pensamos como una red de pescar, a pescar algo de intolerable para un sujeto; no lo guarda, no lo puede guardar. Su espacio temporal está fuera del inconsciente, no tiene nada que ver con el inconsciente. No lo puede guardar. ¿Qué hace?, lo convierte en un sistema histérico, es decir, lo convierte al cuerpo. O lo vacía al pensamiento consciente y lo convierte en una idea obsesiva, o lo transforma en una angustia que, a su vez, por lo intolerable, vendrá a fijarse como una fobia.

Es decir, es cierto que el inconsciente es una red, es cierto que esa red pesca, pero digamos que todo lo que pesca es inmediatamente negociado en otro sistema. Si no la vida aparece como insostenible.

Si damos como una hipótesis válida, por lo menos válida a considerar, que el inconsciente está vacío, es decir, primero que lo inconsciente no es sino que insiste, y segundo que el inconsciente está vacío. Es decir, que el inconsciente no retiene nada en su interior.

Si hiciera falta otra referencia, recordad en el capítulo siete de la Interpretación de los sueños, cuando Freud construye el esquema de las láminas en las que nos coloca percepción por un lado, conciencia por otro, y entre uno y otro el inconsciente, con qué rapidez llama, hasta que se construyen como huellas mnémicas en la memoria, que esa sí que tiene un territorio, la memoria sí que tiene territorio efectivo en su paso por el inconsciente para volver por la percepción. Luego cerrará el circuito más tarde, pero en aquella época, coloca en polos opuestos, percepción y conciencia y en medio al inconsciente, exactamente, como un sistema de filtros. Como una bludadora para separar el trigo y el grano, con la diferencia, bueno no, exactamente igual que la bludadora que el trigo se va por un lado y el grano por otro.

Así funciona el inconsciente, como una maquinita humana. De hecho, el inconsciente no es más que eso, una maquinita humana que a veces se estropea. Pero cuando se estropea, no es el inconsciente el que se estropea, es el humano el que se estropea. Recordad esa afirmación de Freud: el inconsciente nunca está enfermo.

El inconsciente es una maquinita indestructible que nunca está enferma. El que, a veces, paga el precio de la dureza de la maquinita es el humano que tiene que acarrear con las consecuencias. Decirlo así, nos lleva a pensar algo que está dicho desde el principio y es que, del inconsciente sólo tenemos noticia a través de los cortes, a través de lo que no funciona, de aquello que viene a interrumpir lo que nosotros queríamos decir o lo que nosotros queríamos hacer.

A propósito de estos cortes, hay una estructura topológica que es la Banda de Moebius: consiste en una cinta que por una torsión, no tiene ni interior ni exterior. Es decir, colocarlas una hormiga sobre una Banda de Moebius y se encontraría en el interior e insensiblemente, sin darse cuenta, en el exterior que, de nuevo, es interior. Algo así es la vida humana. Se pasa la vida sacando cosas del interior al exterior (eso se suele llamar, proyección), metiendo cosas del exterior al interior (eso se suele llamar, introyección) y creyéndose que uno es el resultado de esas proyecciones e introyecciones (eso se suele llamar, Yo), pero, en realidad, el sujeto del inconsciente es el que anima la maquinita, por decirlo de alguna manera. Bueno, es el vehiculado de la maquinita no el que la anima; no es el operador de la maquinita ni mucho menos, sino es el que vehiculado por la maquinita se pasea tranquilamente del exterior al interior y del interior al exterior. Eso lleva a que el mayor síntoma para el ser humano no son sus síntomas, son los síntomas de los otros; y que lleva a una afirmación en Lacan hacia el año 80 que, en última instancia, el síntoma es, cada uno para su cada uno y cada uno para su cada uno; el síntoma como irreductible del ser humano.

Es decir, que el síntoma siempre va a aparecer fuera. Y si no aparece fuera, lo que quiere el sujeto, inmediatamente, es que se lo quiten. Es decir, que aparezca fuera. Para eso es para lo que va a un análisis, para dar algo de su síntoma al analista que es el que tiene que cargar con él; por eso le paga, porque cargar con tantos síntomas, pues,

aunque tenga la papelerera cerca va a necesitar el precio de la libra de carne, como decía Shakespeare en el Mercader de Venecia.

Si seguimos esa Banda de Moebius, en donde no hay ni interior ni exterior, para que haya un interior, es decir, para que algo del interior pueda ser puesto en el exterior de la Lengua y para que haya un exterior, es decir, para que algo de lo que es de la realidad, un sujeto pueda apropiarse algo de ella, va a ser necesario un corte de esa banda. Pues bien, ese corte podemos decir que presentifica, metafóricamente, aquello que del Inconsciente convierte lo que era una Banda de Moebius en una cinta en donde, ya, el sujeto va a poder localizarse respecto a un exterior que es un poco suyo y respecto a un interior que es un poco de los demás.

Decir que un interior es un poco de los demás es decir que las pulsiones están fundamentalmente moduladas por el Otro. Y decir que el exterior es un poco interior, es decir que quiera o no quiera esa presión moral, ley social del Super-Yo no va a tener que ver con la reprimenda social, sino que va a tener que ver con la elaboración obligatoria de una defensa del sujeto.

De ahí que podamos inferir otra cuestión y es que Lacan lleva muy lejos sus propios razonamientos: de ahí que rechace, en un momento dado, rechace la noción de inconsciente de un sujeto. Es decir, que nos va a apuntar, justamente por esto, porque va a ser necesario este corte entre el uno y el otro para que algo se produzca, para que algo emerja como efecto del inconsciente.

Ahí, nos va a apuntar que el inconsciente no es propiamente del paciente. No es del lado del analizante el inconsciente sólo, sino que el inconsciente va a venir en el corte entre el analizante y el analista. Oigan ese corte como quieran; es decir, que me da igual que ese corte le llamen sesión. Es decir, que, efectivamente, lo que viene a reunir y separar, porque si no no hay corte, hay distancia absoluta, pero lo que viene a reunir y separar, a la vez, un analista con su analizante es ese tiempo más o menos determinado que se llama una sesión.

Ahí es donde va a poder venir a localizarse algo que podemos llamar el inconsciente que está en juego. Pero va no es el inconsciente del analizante, la transferencia, esa especie de trampa que se llama la transferencia; está ahí, fundamentalmente, para hacer comulgar a cualquiera con ruedas de molino.

Quiere decir que el inconsciente que está producido entre el analista y el analizante se ve bien cuando, por ejemplo, un analista hace una mínima referencia a algo, y el paciente obediente, sueña esa noche algo para darle la razón al analista; que a veces es completamente mentira, pero ahí está ayudando el producir en la transferencia. Es decir, el producir inconsciente, no para su analista sino con su analista. Que casi siempre que un analizante sueña con su analista es una buena materialización de que el inconsciente en juego no es sólo el inconsciente del paciente ni el del analista, dicho sea de paso; tampoco estoy diciendo que sea el del analista, sino que es un acto que se produce en un corte que se produce en ese momento de la abertura, de la separación y alienación entre un paciente y un analista.

Eso hace que el inconsciente aparezca bastante desconectado del saber. Es decir, que la pasión de Freud por el saber, que la tenía, le hizo llevar, en algunos momentos, le hizo cometer, como se suele de

11 → clr, ciertos excesos de lenguaje. Uno de los excesos del lenguaje fue pretender que lo inconsciente se hiciera consciente. Llegó un punto en el que señalaba que cuando todo lo inconsciente se haga consciente, la cura se habrá acabado. Después tuvo que corregirlo y corregirlo duramente, entre otras cosas, porque constataba que cuanto más consciente se hacía lo inconsciente, más inconsciente se fabricaba. El inconsciente funciona como el Rey Midas, todo lo que toca lo convierte en oro pero luego no se puede alimentar con ese oro y muere por inanición. Pues, la cura analítica, cuando Freud la coloca entre lo terminable e interminable, lo coloca en ese registro. Por mucho que se intente, al revés, por más que se intente hacer del inconsciente consciente, lo que se ve es que se fabrica cada vez más inconsciente.

9 Efectivamente, la pasión freudiana del saber lo llevó hasta el límite. ¿El límite de qué? Construir un saber imposible. Pues bien, cuando llegamos a ese punto de verificación de un saber imposible, ahí es donde estamos cerca de lo que se llama inconsciente y que a lo largo de la obra de Freud, lo llama de muchas maneras. Lo llama ombligo del sueño, por ejemplo; el no más allá de la interpretación de un sueño; ahí donde el sueño interpretado o archiinterpretado va a resistir de dar la clave en el ciframiento de su último deseo. Es lo que llama ombligo del sueño. Ahí es donde va Freud a arrojar, en última instancia, el inconsciente.

9 Lo aloja en otro lugar cuando dice, roca de castración; cuando dice aquello que aparece como lo irreductible en la castración. Algo que no puede ser destruido en el Complejo de Edipo sino que persiste como roca de castración y que el individuo sólo va a poder contornear, sólo va a poder arreglárselas con esa roca, algo que sitúa otro punto de saber imposible.

Pues bien. Lo que dice Lacan es, seamos rigurosos con Freud. En vez de tomar como inconsciente todas esas producciones preparadas para el analista que son facilitas de interpretar, tomemos como inconsciente aquello que, obligatoriamente, resiste. Es decir, aquello que viene a ser verificado como un saber imposible de obtener. Eso, nos coloca en una posición que es, aceptar que esa sea la radicalidad del inconsciente.

Entonces, ¿qué sujeto tenemos que concebir a ese inconsciente? Es decir, una vez reconocida en el inconsciente la estructura del lenguaje, que es tanto como decir, una vez reconocida en el inconsciente su vacuidad, su vaciamiento; el hecho de que está condenado al vaciamiento, que no puede retener; que en cuanto algo es captado en esa red que llamamos inconsciente, es inmediatamente vaciado hacia otro sistema. En esa abertura-cierre, abertura y cierre inmediato que produce ese vaciamiento.

¿De qué sujeto estamos hablando cuando decimos el sujeto del inconsciente? Pues bien. Definir el sujeto para el psicoanálisis implica, si somos coherentes con lo hasta ahora dicho, buscarlo como sujeto del lenguaje. Es decir, que el lenguaje aparece como un orden preestablecido a todos nosotros; excepto en raras ocasiones, no nos inventamos el lenguaje sino más bien nos introducimos en el lenguaje que nos es dado que sea nuestro; es lo que viene llamándose la lengua materna. Y el lenguaje, como tal órgano, aparece acéfalo e imposible de colocar un sujeto del lenguaje.

Puesto que no puede haber sujeto determinado por el lenguaje, habrá un sujeto de la palabra. Ahí es donde viene a establecer una diferencia fundamental en el transcurso del pensamiento psicoanalítico. Y es que, si bien el inconsciente tiene la estructura del lenguaje, está estructurado como un lenguaje, el sujeto, él, no va a poder más que referirse a su propia palabra. Es decir, a aquello que del lenguaje ha ido teniendo con su propia vida, con su propia experiencia, o con sus propias experiencias; aquello que viene a testimoniar de su historia.

Recordad el caso del fetichista de Freud, donde lo que vino a hacer la palabra para un sujeto, siendo de la estructura de otro lenguaje, se lo apropió para hacer represión. Me explico: Es el caso del fetichista que sólo gozaba con las señoras que tenían un brillo en la nariz. Cuando formulaba su fantasma perverso, lo formulaba, lo del brillo en la nariz, como «glanz». En alemán, «glanz» quiere decir brillo. En el análisis, Freud, lo reconstruye a su manera, que ese «glanz», de la lengua alemana materna no hay que oírlo en la lengua alemana materna sino que hay que oírlo en el inglés que fue primordial para este sujeto que vivió la infancia en Inglaterra, y que entonces, el significante «glanz» (brillo) se transformaba en «glance», que quiere decir mirada. Y ahí, reconstruía Freud, con nuestro fetichista, una situación infantil respecto a su niñera, en torno a la mirada. Resituaba la dimensión del inconsciente, no en el lenguaje alemán «glanz» = brillo, sino en la palabra del sujeto de un lenguaje que había venido a injertarse en su lengua materna con ese «glance» = mirada.

Si la estructura del lenguaje, entonces aparece como una estructura dada, la palabra de un sujeto aparece como una palabra a construir. Esa es toda la dificultad de pensar el sujeto del inconsciente que va a ser un sujeto que va a estar obligatoriamente determinado por las leyes del lenguaje y, diríamos, que a pesar de esas leyes del lenguaje va a intentar abrirse camino entre la maraña de leyes del lenguaje con su propia palabra. Eso, el precio del alojamiento de una palabra en un lenguaje, eso, es lo que podemos llamar la castración.

Mucho mejor que pensar la castración en su imagen mítica, es mucho más interesante el pensar la castración en lo que, intrínsecamente, hace pérdida de vida para un ser humano. Y es que, confrontado con una estructura que le es dada, el lenguaje, el suyo propio no el lenguaje como si fuera una cosa externa; hay lenguajes y estructura del lenguaje, pero ahí hay un juego, siempre, gramatical y es que el artículo determinado es el más indeterminado. Cuando decía la estructura del lenguaje, estamos en la abstracción más absoluta y sin embargo cuando decía la estructura de un lenguaje, ésta es la que se refiere a un sujeto.

Pues bien, el sujeto que se tiene que enfrentar con una realidad, casi mejor diríamos que se tiene que enfrentar con lo Real, que tiene que chocar con ese Real con un sólo utensilio que es la estructura del lenguaje dada, lo que va a tener que inventar, siempre mal, siempre a medias, lo que va a tener que intentar conseguir respecto a esa realidad es fraguarse una palabra. Ahí es donde siempre va a estar instalada esa obligatoria pérdida de goce. Esa obligatoria pérdida de goce es lo que, desde Freud, podemos llamar castración.

Esto nos indica una cosa y es, que el sujeto, no ya en la generalidad del sujeto sino como lo estamos hablando, el sujeto en la dimen-

sión del sujeto como sujeto del inconsciente, el sujeto para el Psicoanálisis solo va a ser reconocible en la cadena de su discurso, cuando se produzcan irregularidades, disimetrías, tropiezos que señalan que está ahí, pasando algo. Lo cual nos lleva a otro punto. El sujeto en el Psicoanálisis sólo puede contar cuando falta, con lo cual nos reunimos con la demanda inicial tal como la situaba. Alguien que viene a un análisis no viene en falta de ser, viene porque no le falta suficiente en el ser, porque está en el demasiado, al que hacía referencia.

El sujeto del inconsciente sólo puede contarse cuando falta. Es decir, sólo puede contarse cuando el individuo hace un lapsus, cuando quería decir una cosa y dijo otra. Ya sabéis esa afirmación de que el acto fallido es el acto más logrado de todos los actos. Es así. Es decir, que ya puede uno intentar, muy amablemente, decir buenos días a la señora, limpiarse la nariz, cruzar las calles por el paso de peatones, todas esas cosas que forman parte de la buena educación de uno, siempre vendrá un lapsus a reducir esa estructura del lenguaje en algo que es la propia palabra del sujeto.

Es un punto que no deja de ser inquietante, el hecho de que somos más verdad cuando menos estamos en lo que creemos que es nuestra verdad,

ENTREVISTA CON VICENTE MIRA

Francisco Estevez

— La primera pregunta que deseo hacerle es muy precisa, ¿qué es el Psicoanálisis?

— Es una pregunta difícil. En una primera aproximación podríamos decir que es aquello que hace advenir el inconsciente de un sujeto. Si bien algo del inconsciente ya está funcionando haya o no psicoanálisis, sólo en la medida en que alguien llamado psicoanalista escucha lo que un sujeto articula de su propio sufrimiento y de su propia vida es posible hacer advenir esa experiencia. En esencia es eso.

— En su opinión, ¿Freud descubre o inventa el inconsciente?

— Freud no inventa el significante Inconsciente; la palabra existe desde antes de él, pero con designaciones tan variadas que no tienen nada que ver con su posición. En ese sentido Freud descubre el inconsciente y lo hace en un doble punto fundamental; por un lado en aquello que ha sido rechazado por la medicina, es decir, el discurso de las histéricas; y por otro, en el trabajo sobre sí mismo, en su autoanálisis. Lo que denomina inconsciente es aquello que da razón de ser de las aporías con las que él, como todo hombre, se encuentra enfrentado; la muerte y el sexo. Podemos afirmar que si bien Freud no inventa el concepto, sí descubre el modo de ponerlo a trabajar convirtiéndolo en operativo.

— ¿Es el Psicoanálisis una terapia eficaz?

— El psicoanálisis no es una terapia, es una cura. No es una terapia porque no restituye al individuo una salud que hubiera perdido. Es una cura en el sentido de que inventa para él la salud que le conviene. La mejor terapia para un sujeto son sus propios síntomas. Desde antes de que Freud inventara el Psicoanálisis los médicos ya sabían que el síntoma, tanto físico como psíquico, es la mejor respuesta adaptativa de un sujeto a lo que le está pasando. Toda la tradición de la medicina homeopática, sin tener nada que ver con el inconsciente, responde a eso. El síntoma —al que podemos considerar como la conjunción de un número de acontecimientos causados por algo a veces inespecífico— es la mejor terapia. El análisis no es terapéutico porque no está dirigido a quitar el síntoma, sino a levantar lo que el síntoma encubre. En ese día se situa.

— ¿Estaría Ud. de acuerdo con la idea de que el Psicoanálisis es una terapéutica dirigida a las élites?

— Pasando por alto la cuestión de la terapéutica, mi posición, no sólo personal, es que las élites nada tienen que ver con el psicoanálisis.

sis. Es cierto, y no hay que negarlo, que el análisis es una cura que cuesta un dinero. Pero también es cierto, aunque pueda parecer una respuesta tramposa, que para el que paga con dinero la culpabilidad no necesita síntomas. En otras palabras, el pago de no psicoanalizarse le puede resultar a un sujeto mucho más caro que el arriesgarse a hacerlo. Hay también otras respuestas más concretas. El análisis tiene unos efectos que van más allá de la cura individual. Los saberes que se recogen en él pueden ser puestos a disposición de otros dominios. La psiquiatría, aunque muchas veces no lo haga, podría aprovecharse de ellos. Y no se debería abandonar la idea de que el análisis tiene un lugar en la asistencia pública. No es un lugar evidente, sino a construir en el que muchos nos esforzamos.

Por otro lado, si nos fijamos en la posición de las élites vemos que tiene que ver con el ideal, y los ideales sociales se avienen mal con el psicoanálisis. Irónicamente podríamos decir que si el psicoanálisis fuera una cura dirigida a las élites, tendría como objetivo des-elitizarlas. El trabajo del análisis apunta a lo real de un sujeto. Realiza más bien su trabajo en la marginalidad de los valores sociales y no en el interior de ellos.

— *¿Qué opina Vd. de esa creencia que equipara la consulta analítica con la confesión?*

— No sólo se dice sino que tiene un cierto sentido. Hay sin duda un eje común entre la confesión y la cura analítica; ese eje es el de la culpabilidad, aunque no sea más que la mera culpabilidad de existir. Las experiencias a las que un sujeto se ve confrontado guardan relación con ese núcleo fundamental. Ahora bien, las posiciones de la religión y del psicoanálisis son divergentes, porque ahí donde la religión señala la confesión como el sacramento que dispensa el perdón, el psicoanálisis enseña que no hay perdón posible para esa culpa radical de hablar, de estar orientados a un goce que no es fácilmente limitable ni con el placer ni con el sufrimiento. Y si bien el análisis se apoya en el mismo deseo humano que busca la confesión, ésta establece la forma de saldar la deuda mediante la penitencia; el análisis, en cambio, resitúa la deuda humana como imposible de pagar.

Hay otro aspecto en que también difieren, al margen de los contenidos ideológicos, y es que la confesión se ubica en el lenguaje del pecado, lo que es ya una forma de goce, tanto del que habla como del que escucha. Las más de las veces es el goce del bla-bla-bla. El análisis no funciona en el goce del bla-bla-bla, a pesar de ser una cura a través de la palabra, sino mediante la verificación de una hipótesis: algo de lo real de esa culpa está insistiendo más allá de cualquier palabra y no hay perdón para ello.

— *Al hilo de este argumento ¿es compatible el psicoanálisis con la religión?*

— No. La respuesta es tajante; es radicalmente incompatible. Desde mi punto de vista, lo que propugna la religión es la construcción de un ideal que no tiene que ver con la verdad del sujeto, sino con una verdad trascendente. Eso es incompatible con la verdad individual de un sujeto y sólo uno. En ese sentido el psicoanálisis es radical y profundamente ateo.

— *Si no pertenece al ámbito de la religión, ¿podríamos pensar entonces que el discurso psicoanalítico es un discurso científico?*

— El psicoanálisis ha pretendido desde sus comienzos ser un discurso científico. Freud, en uno de sus primeros textos, *Proyecto de una Psicología para Neurólogos*, intentó formular aquello que descubrió en el discurso de la histeria y que tiene que ver con la realidad del inconsciente. Su vocación no fue nunca romántica, sino científica. Y aunque sería necesario entrecornillar la palabra ciencia, es evidente que el sujeto del análisis es el sujeto de la ciencia, en la medida que es un sujeto creado por el lenguaje. Así, la lengua y la ciencia aparecen como estructuradas equiparables. Ahora bien, hay una diferencia, y es que la ciencia se ha caracterizado por un saber sobre el objeto que excluye al sujeto. La repetición de la experiencia, la búsqueda apasionada de la objetividad, ha hecho de la ciencia una ideología más. Aunque hoy en día las cosas empiezan a ser un poco diferentes. Basta leer algunos de los artículos científicos de los matemáticos o de los físicos actuales para percibir que han llegado a un punto en el que se dan cuenta que el investigador que opera en un experimento está tan implicado en él como el objeto de examen. La ciencia ya no presenta teorías apodícticas que expliquen la verdad del mundo, sino que se inclina por formular unas hipótesis verosímiles sobre esa verdad. A su vez el psicoanálisis se ha orientado —como indican los trabajos de Jacques Lacan de los últimos 30 años— hacia una matematización creciente, desligando de sí parte de su bagaje oscurantista, y a transformarse en una estructura aplicable, con sus fórmulas, gráficos y redes; con su propia topología. El análisis es un work in progress. Su acercamiento a la ciencia no es porque se haga más científico, sino porque la ciencia abandona algunas de sus convicciones ideales.

— *¿Cree Ud. que tiene fundamento una cierta crítica popular según la cual algunos conceptos de la teoría psicoanalítica están imbuidos de ideología masculina?*

— Es evidente que en una cierta lectura la teoría puede parecer falocéntrica. Pero habría que precisar algo; no es falso lo que se cree habitualmente. Es cierto que Freud cuando articula la sexualidad lo hace en torno a un punto que él denomina dimensión fálica y que el ordenamiento sexual se hace en torno a ese significante, ahora bien, es un error equiparar el significante fálico con la realidad anatómica y pensar que es el hombre el que lo posee. Tanto el hombre como la mujer tienen que orientarse con respecto a ese eje. El haber escogido al término fálico vino determinado por la experiencia y las imágenes de las fantasías. Es un error lógico considerar que falso es igual a pene. De hecho la concepción fálica es tan frecuente, si no más, en las mujeres como en los hombres. Cualquiera que trabaje suficientemente en la clínica, no sólo psicoanalítica, se puede dar cuenta que es tan difícil para un hombre llegar a ser hombre como para una mujer llegar a ser mujer. Uno sólo es hombre o mujer porque se reconoce como tal en el lenguaje que lo determina. A partir de esto decir que habría una desviación analítica hacia la masculinidad es una tontería. Lo que constatamos todos los días es que tanto el hombre como la mujer no están mucho más allá de sus realidades anatómicas. Tienen que hacerse con su sexo, y eso pasa por el lugar simbólico del que se apropian en su vida y no por la realidad anatómica.

X — *¿Cómo se podría explicar en términos comprensibles el concepto freudiano de castración? ¿Se trata realmente de un corte?*

La castración como precio que se paga por poder relacionarte con el

(X) — El mito nos hace pensar que en un momento determinado el niño pequeño descubre que sus genitales pueden darle placer, y los toquetea. En ese toqueteo sería necesaria la voz de un padre que dijera: «Si sigues haciendo eso te la van a cortar». Eso es el mito. En la realidad ningún niño necesita de esa voz para sentir estructuralmente que cualquier acceso al goce está marcado por una ruptura, por una división. Creo que es mucho más interesante vaciar el término castración de sus referencias anatómicas, porque lo decisivo de esa operación simbólica que Freud relata es que hay un precio que el sujeto tiene que pagar por acceder a un goce humanizado. En otras palabras, el sujeto no puede limitarse al goce autoerótico de su cuerpo, sino que, como ser humano, está obligado a negociar su goce con el otro, a articularse con él a través de la palabra y el lenguaje. Ese precio, en forma de pérdida de goce, es la castración.

— Sigmund Freud, el creador del Psicoanálisis, es una personalidad universalmente conocida, que ha pasado ya a la historia de la Humanidad. Pero en la actualidad, el psicoanalista del que más se habla es de Jacques Lacan, al que Vd. se refirió antes, fallecido a comienzos de esta década. ¿Quién era Lacan?

— Era un individuo un tanto peculiar. Yo no estoy bien situado para hablar de él, pero sí podría decir algo de lo que hizo, como fue renegar de la desviación freudiana que se estaba instalando en la escena psicoanalítica internacional, de los cortes que, abusivamente a su juicio, se imponían a la obra de Freud, escogiendo unos conceptos y no otros para hacerlos más operativos, y de la adaptación de los ideales sociales del trabajo psicoanalítico. El efectuó una relectura cuidadosa de las aristas del saber psicoanalítico tal como Freud lo fue construyendo. La cuestión del retorno a Freud es fundamental en su obra. Su enseñanza se extiende a lo largo de 30 años, de los cuales en una primera parte se dedicó a un cuidadoso trabajo de reanotación de Freud para extraer las preguntas que el texto freudiano suscita. En la segunda parte intentó —como durante toda su vida— responder a esas preguntas avanzando sobre lo no acabado. El legado de Lacan lo ha recogido posteriormente todo el psicoanálisis, incluso aquellos psicoanalistas que niegan haberlo hecho. En cierto sentido se puede decir que hoy no hay psicoanálisis sin la aportación de Lacan.

— ¿Por qué razón Lacan fue expulsado de la Asociación Psicoanalítica Internacional (I.P.A.)?

Habría que releer los textos. Los *por qué*s son complicados. Se puede decir *cómo* fue expulsado de la IPA. Lacan, en aquella época tenía una enseñanza —su seminario— homologado por la Asociación Psicoanalítica de París, afiliada a la IPA. El era el director de estudios e instaló, porque su ética así se lo exigía, una práctica determinada que entraba en contradicción con la fijeza de los modelos freudianos al uso. Y por eso fue, más que expulsado, excomulgado sin posibilidad de retorno. Remito, a todo aquel que quiera fundamentar más esta posición, a los documentos sobre escisión y excomuniación publicados en español por la editorial Anagrama.

— ¿A quién se dirige Lacan en sus seminarios cuando dice «Yo hablo para los psicoanalistas»? ¿a los oyentes que tiene delante de él escuchándole respetuosamente o a los psicoanalistas de la IPA?

— Para responder a esta cuestión habría que situar esa afirma-

ción de Lacan con respecto a tres parámetros. Primero, es conveniente tener en cuenta que la expresión «El psicoanalista se autoriza por sí mismo» evidencia que su enseñanza no está adulterada y que él no pretende hacer divulgación, sino que se dirige a aquellos que estén en posición de autorizarse como analistas. Segundo, Lacan se dirigía a quien quería oírlo, y ante eso no era extraño que reuniera a mil y pico de personas en su seminario, lo cual no dejaba de producir efectos sobre sus analizantes pasados, presentes y futuros, y sobre los analistas. Realmente podemos decir que el panorama del psicoanálisis ha ido cambiando desde que Lacan inaugura su discurso y persevera en él. En tercer lugar, los psicoanalistas de la IPA, como cualquier otro a título personal, podían beneficiarse de su enseñanza, cosa que no han dejado de hacer, ya que elementos como *lo real*, *lo simbólico* y *lo imaginario*, o como *el estadio del espejo* han ido siendo incorporados, de manera un tanto adulterada, a la *doxa* de la Institución Psicoanalítica Internacional.

Finalmente, en Lacan hay otro punto más sutil cuando dice «yo me dirijo a los psicoanalistas». El siempre estableció que su posición *dando* el seminario era una posición de analizante, lo que delimita un lugar estructural en el que el público funcionaba para él como *Fliess* para Freud. Esto último se puede entender así: Lacan enunciando su seminario hablaba como analizante para un analista. Situaba al público en el lugar del analista porque no le quedaba otro remedio.

— *La enseñanza de Lacan en España la inició Oscar Masotta; hoy apenas se le nombra. ¿Está olvidado Masotta?*

— Se puede admitir, efectivamente, que la enseñanza de Jacques Lacan en España la inició Oscar, pero no estoy muy de acuerdo con la segunda proposición. Hace apenas unos días que fue reconocido en su dimensión: la del único individuo que interesándose por la enseñanza de Lacan lo hizo por algo más que por sacar un beneficio de ella. Él instaló una transmisión. No es que no se le nombre. Lo que sí es cierto es que Oscar hizo una transmisión singular, que era la suya, literalmente al margen de los circuitos institucionales. Así se mantuvo siempre. Apenas se encontró dos veces con Lacan. Una a raíz de la creación de la Escuela Freudiana de Buenos Aires, y otra en el Congreso de Burdeos, creo. Tuvo el mérito de articular transmisión y transferencia, y el demérito de no prever las consecuencias de lo que estaba haciendo, aparte de que murió quizás demasiado pronto. No previó que los caminos del análisis iban hoy por otro lugar: el de que el analista no puede estar solo. De todos modos yo estoy mal situado para hablar de Oscar, porque apenas si lo conocí, y en realidad toda mi formación no ha tenido nada que ver con él.

— *En diversas ciudades españolas proliferan grupos de estudio de orientación lacaniana. ¿Cree Vd. que son más bien una forma de vertebración de una entidad denominada Fundación del Campo Freudiano, o una red social de transmisión del psicoanálisis y de formación de analistas?*

— En primer lugar, que un grupo se reclame de la enseñanza de Lacan lo hace a sus propios gastos. No hay inscripción para ningún grupo más allá de su voluntad declarada de participar en un proyecto de trabajo denominado Campo Freudiano en España. Por lo tanto habría que colocar entre paréntesis eso de la inscripción. Ahora bien, si

es cierto que la enseñanza de Lacan ha suscitado en España que algunas personas se reúnan para trabajar en virtud de ese principio habitual de la psicología de los grupos que ya Freud puso en su día en funcionamiento. Creo que hoy por hoy esa reunión no está suficientemente precisada, y por eso la Fundación del Campo Freudiano en España no se pronuncia sobre ningún modo de inscripción. Basta con que un grupo se reclame de esa orientación y quiera formar parte de la red para que solamente le sea pedido su trabajo; es decir, una producción y una transmisión efectiva del trabajo psicoanalítico. Así se intenta hacer en las reuniones por Autonomías, a través de sus reuniones anuales y a través de las distintas plataformas que participan en un proyecto común. No es más que una apuesta.

— *¿Se podría decir que el Campo Freudiano es la Internacional Lacaniana?*

— Yo diría que no es la Internacional Lacaniana, sino Lacan en la internacionalidad, que no es lo mismo, porque la Fundación del Campo Freudiano en ningún momento apunta, como la llamada Internacional Psicoanalítica, a una homogeneización de las características del analista, del transcurso del análisis, o de las indicaciones de una cura. La apuesta de Lacan —«el analista se autoriza por sí mismo»—, aunque sea una frase que ha conocido grandes y no muy afortunados avatares, instala una no estandarización. En ese sentido lo que intenta fundamentalmente la FCF es apoyar y recoger los productos de un trabajo que se reclama de Lacan. Recoger el gran número de publicaciones que en el mundo se dicen adscritas a esa estructura. Apoyar en la medida que propone plataformas comunes de trabajo, encuentros nacionales e internacionales y seminarios del CF. Es decir, facilitar y recoger la producción de un trabajo, pero ajena a cualquiera de las características que son propias de la IPA: producción de un discurso homogéneo, estandarización de un cursus, garantía de la autorización del analista. La autorización de un analista —en el CF— queda remitida a una posición subjetiva y la garantía, a la existencia de una escuela; pero la FCF no es una escuela, aunque haya escuelas en su seno.

— *En relación con los grupos de estudio ¿considera Vd. que alguno de estos grupos se acerca a los textos freudianos de una manera indirecta, es decir a través de Lacan, como intermediario, y no directamente a través del propio Freud?*

— ¡Sí, claro, y gracias a Dios! El único que ha puesto de nuevo de moda, si se me permite decirlo así, leer a Freud ha sido Lacan. Hace más de 15 años nadie leía a Freud, porque los textos reduccionistas de la Psicología del Yo resultaban infinitamente más cómodos que la lectura pausada del original freudiano. Si alguien ha reagudizado el verdor de los textos freudianos ha sido Lacan con su lectura crítica y compensada, solicitando las preguntas que esos textos formulaban. En ese sentido me parece que ya no es posible leer —excepto por una particular ceguera— los textos de Freud como en 1914, despojados del saber de nuestra época. Gracias a Dios Lacan es el único que ha permitido una re-lectura freudiana lo más cercana posible al texto y lo más alejada del sentido que había adquirido en los últimos 50 años. Creo que leer los textos a través de Lacan es un avance respecto a no leerlos en absoluto.

— *¿Cuál considera Vd. que es la aportación fundamental de La-*

can al Psicoanálisis, el complemento esencial que realiza a la obra de Freud?

— Es una pregunta imposible de responder. En primer lugar, una de las aportaciones fundamentales de Lacan al psicoanálisis es el retorno a Freud; el imponer a los que seguían su enseñanza una relectura cuidadosa y no filtrada de los textos. En segundo lugar, la coherencia de su discurso le obliga a ensayar respuestas a los puntos en donde Freud deja las preguntas. Por ejemplo, ante la pregunta fundamental de Freud «¿Qué quiere la mujer?», Lacan responde precisando que no existirá la mujer, sino cada mujer. En lo que se refiere a la posición frente al padre, opone —y eso es quizás lo más destacable de su enseñanza— la posición del objeto a, así llamado en su algebrización, como objeto-cause del deseo y condensador de un plus de goce: pensar que no es solamente la versión del padre la que proporciona la identificación salvadora, sino la relación con el objeto o la relación de objeto. Es la posición del objeto en el fantasma lo que permite a un sujeto articularse con su goce. Toda su teorización en torno a lo real, que se separa de cualquier pensamiento sobre la realidad, que no aparece más que como imaginizada, es la que ha permitido avanzar los límites del análisis. De este modo se abre la posibilidad de un trabajo analítico con estructuras clínicas que hasta entonces eran refutadas, como por ejemplo la psicosis.